

Velones, mariposillas,
Millares de candelillas,
Rojos y cárdenos vasos,
Fanales, hachas y hogueras.

XI.

AMETE.

No en bordadas almocelas,
No en aljubas ó almaleques,
Pantuflos ó cebellinas,
Ni en forrados alquiceres;
Sino de gaban cubierto
Sale de Játiva Amete,
Con sus polainas gayadas
Y gavión y zaragüelles.
Mas lleva so el gaudujado
Almofares y beimeces,
Baberas, grevas y jacos,
Celada y otros arneses.
Dirige el paso hacia Albaida,
Do están los Almocadenes,
Que acandillan Almohades,
Lanceros y Bacinetes.
Registrar quiere el alcázar,
Sus torres y chapiteles,
Para darle conquistado
A Lutbar, el de Luchente;
Mas al acercarse al muro,
Divisando el capacete,
El es; lluévenle azagayas
Y hofordos como nieve.
Quiere huir, mas no le es dado,
Que salen y le sorprenden.
Doscientos eran y él uno:
Solo soy, ¿qué haceis, alevos?
¿Para qué tantos carcajes
Contra quien ni un dardo tiene?
Ellos, ciegos de furor,
Con sendos chuzos le hieren;
Cae y tiñe el blanquízal
La roja sangre caliente.
Vienen desde Alfarrasí

CANCIONES.

I.

EL ESPÍRITU.

Moras en mí, oh Espíritu divino;
Mas por dónde no sé ni cuándo entrarás;
Siéntote en mí y no veo tu camino.
Sales, tornas, te quedas, no á las claras;
Nadie sabe á dó vas ni de dó vienes,
Ni en quién ó cómo tu mansion preparas.
¿Tus huellas quién las viera ó tus andenes?
Sobre las nubes vuelas, tus calzadas
Entre los astros cruzas sin vaivenes;
Y descendes del suelo á las majadas,
Y entras en mí, mas no por el sentido,
Que rastro no hay en él de tus pisadas.
Ni te admite del céfiro el zumbido,
Ni con manjar te mezclan, ni la mano
Puede tocar tu fuego ó tu latido.
¿Por dónde entraste, pues? Bíscolo en vano.
Porque no entró ni vino desde afuera,
Como va á la ciudad el aldeano.
Mas ¿de dentro de mí cómo viniera,
Si él es limpio y yo inmundo; noche oscura
Mi corazón y él cándida lumbrera?
Sobre mí subo, y en mayor altura
Dicenme estar; inclino humilde el vuelo,
Y no puedo llegar hasta su hondura.

Los esforzados Zenetes,
Y alzándole de entre el polvo,
De lauro ciñen su frente.
Vuela por todo aquel valle
Triste rumor de su muerte,
Y bajan miles de alarbes
Montados en palafrenes.
A otro día en negras andas
El yerto cadáver vuelven;
Más que sangre sus heridas,
Los ojos lágrimas vierten.
Recibenle plañideras
De la muralla de Oriente,
Y en un punto corre el lloro
Adonde el día fenece.
Van las moras destocadas,
El cabello hasta las sienas,
Con briales de lilaila,
Guarnecidos de morleses.
Marga viste el Alfaquí,
Sin garzota va el alférez,
Los Alarifes borlonos,
Los Azarques alfaremes.
No se ven allí alquinales,
De naranjado ó de verde,
Ni gramallas de limiste,
Ni gorras de peldefebre;
Ni ménos suenan laudes,
Arpas, pitos ni rabeles,
Sino abogues y añafiles,
Y atabales que ensordecen.
Nadie canta ya con gala,
Ni gorjea de falsete;
Todos bronceamente á una
Entonan tristes motetes.
Decidlo, Zéid, pues lo visteis,
Y Zelim, el de Mogente,
Si acompañasteis el duelo
Que Játiva le previene.
Murió Amete á mano osada;
De Guad-Amar le celebren
Las deliciosas riberas,
Y de Bellus los verjeles.
Los Xerifes como á igual,
Como á espejo los Muleyes,

Las Zaidas como á gentil,
Como á bravo los Gomeles.

XII.

EL ROBO.

Por el puerto de Bisquert
Bajaban de siete en siete
Trescientos almoravides
Con Soliman á su frente;
Van cincuenta en alfaraces,
Otros ciento en palafrenes,
Los demas eran peones
De Mariola y allende.
Como no los vió Vernisa,
Que era cubierta de nieve,
Muy á su salvo y sin sangre
El Cantal Gentil sorprenden.
Desfila Tarfe, y con él
Otros cuarenta hacia Oriente,
Antes que risueña el alba
A some sus rosicleres.
Bien sabe que en los adarves
De Játiva hay almacenes
De cebada y candial,
De forraje y alcaceles;
Y recordando el ardid
Con que robó á los de Gélves,
Apéase del caballo,
Lanza de sí los arneses,
Fingiéndose ser un pelgar
Que á cureña rasa duerme.
Presentase con harapos
Junto á la Sirera fuente,
Y pide en la casamata
Al guarda que le aposente.
Y mientras le está escuchando
El que la puerta defiende,
Al soslayo le saluda
Como Judit á Holoférnes;
Estaban ya apercebidos
Y en acecho los Zenetes;
Llegan, y de todos granos
Cargaron dos mil toneles.

Si miro á lo de fuera acá en el suelo,
Muéstrase allí, mas de mí vista huye;
Vuélvome á lo interior, y éste es su cielo.
Y entiendo que á mi vida contribuye,
Y que en él soy y que por él me muero,
Y que en mí muerte y todo mal destruye.
Mas si no le diviso, ¿por dó pruebo
Que está él en mi ánima presente
Y que le inspira sér y aliento nuevo?
Porque es vivo este espíritu y ferviente,
Y da vigor al ánimo caído,
Y le sana tambien si está doliente;
Y comienza á arrancar lo mal nacido,
Y á reparar el muro ruinoso,
Y el yermo trueca en un verjel florido;
Y á lo seco da riego, y lo escabroso
Allana, y lo torcido torna derecho,
Y el Noto calma en golfo proceloso.
No entendí yo que entraba él á mi pecho
Por seña, ni por voz, ni por figura,
Por moverse ó andar de trecho en trecho;
Mas porque al bien mi alma se apresura,
Conozco que el Espíritu está en ella,
Y porque hallo en mis lágrimas dulzura,
De que ya el vicio en mí no deja huella,
Y burlo su furor y alevosía,
Infero que su espada le degüella.
Como en alcázar veo el alma mía,
Y que la infernal huete en mi terrero
No ejerce su poder y tiranía.
Mas ¿por qué vuelve osado este guerrero
Cuando de mí el Espíritu se ausenta?

Y cual olla que hierve en el brasero,
Al fuego unida su calor aumenta,
Y se enfria, si de él es dividida;
Así yo caigo, si él no me sustenta;
Por esta seña advierto su partida,
Pues sin él queda el alma desolada,
Enferma, triste, lánguida, oprimida;
Hasta que otra vez torne, y esforzada
Con su aliento la deje y consolada.

II.

EL ÁGUILA.

*Vos ipsi vidistis... quomodo portaverim
eos super alas aquilarum. (Exod., XIX, 4.)*

¿No viste cómo el águila rapante,
De tierno afecto maternal vencida,
Hace su nido en apartadas breñas,
En peñasco ó en pico inaccesible,
O en risco que el asalto no conoce,
Do la altura defiende sus polluelos,
Y que al sacarlos á volar al viento,
Anda por cima de ellos revolando;
O bien, cuando del vuelo se fatigan,
Tiende las alas y su nido entero
Lleva sobre sus cándidos mantones,
Para volverlos á dó estén seguros
De las flechas y dardos del montero;
Y si en tanto ve hutas y escarcelas,
Y del chuchero esconcha el alarido,
Y atisba los halcones con pihuelas,
Y otras aves en jaula marjoladas,
Surca el aire con rápida carrera,
Y hasta no ver el suelo se remonta
A do esmeril no llega ni cuadrillo;
Y si del peso de ellos oprimida,
A las regiones inferiores baja,
No por eso los suelta, ántes del pecho
Pone á los pasadores y saetas,
Para que en él se emboten, y á los hijos
No engañe de la alcándara la astucia,
Ni el espiñque sorprenda ó la losilla?
Así el Hijo de Dios, viendo los riesgos
Del linaje de Adán, acometido
Por válidos y astutos adversarios,
Desde el excelso trono de su gloria
Bajando al suelo, con amor de padre
Sobre sus hombros nos llevó consigo,
Y juntamente de la culpa el peso
Que se apropió, con ser del todo nuestra.
Y cuando vino de tiniebla el hora,
En que quiso del cielo á la justicia
Satisfacer la deuda del delito,
Hízose escudo nuestro, cota y muro,
Do jugasen los tiros del infierno,
Y pabellon do el hombre esté seguro.
A ti y á mí, que habíamos pecado,
Venían los azotes, las salivas,

III.

LA QUEJA.

¿Ves el ánsia con que viene,
De sed la cierva acosada,
Bramando;
Que ni mastín la contiene,
Ni el que la está tras celada
Acachando?
Así el ánima sedienta
De la fuente de agua viva,
Va en pos de ella;
Y con los riesgos no cuenta
Del que por verla cautiva
Se atropella.
Do quiera su sed publica,

CANCIONES.

Bofetadas, espinas, empellones,
De que la ingratitud nos hizo dignos;
A ti y á mí los clavos y la lanza,
Y el descoyuntamiento de los huesos,
Y las horas de lánguida agonía,
Y del paterno aliento el desamparo,
Y el espirar en trágico cadalso,
Y de amigos la fuga, y de enemigos
La sed rabiosa y el furor saciado.

Mas ¡oh fragua de amor inextinguible!
¡Oh caridad eterna, á cuyo lado
Son los volcanes todos nieve y hielo!
La perdición del nido deseaba
El invidio montero, al hombre sólo
Asestaba sus dardos; mas el pecho
Del Hombre-Dios con ellos atraviesa,
Que de abrasada caridad herido,
Por sus hijos la sangre y vida ofrece.
¿No le ves en la cruz, del orbe todo
Cargado con las culpas, cuyo peso
La cabeza le dobla desangrada?
¿No escuchas su clamor? ¿No ves su lloro,
Y los cárdenos golpes que nos curan?
¿Veis? A su espalda están los yerros nuestros,
Que la ignorancia y la maldad fabrican;
En él estamos todos ayuntados
Por secreto misterio, como miembros
Con la cabeza, é hijos con el Padre;
De cuya union resulta que con gozo
A los hijos, muriendo, da su vida.
Sobre sus hombros puso allí su imperio,
Para que siendo blanco de los tiros,
Quedase el siervo con su herida sano.
No fué su muerte como la de Curcio,
De Léócoras, Codro y Meneceo,
Que por la su república ofrecieron
La vida, sin esguince ni quejura;
Víctimas del orgullo, aunque loados
Por quien de amor no alcanza la fineza.
Jesus murió matando la ponzoña
Del espíritu malo que heredamos;
Muriendo por nosotros, nos dió vida
De cielo, siendo muerte de la muerte,
Por extraña manera en su sepulcro
A los que por él viven escondiendo;
Do halla el muerto á sus crímenes, origen
De nuevo sér y perenal corona.
Y ya, cuando eran salvos sus hijuelos,
Remontando su vuelo al alto trono
De do bajó para salvar al orbe,
Llevó tras sí los miseros cautivos,
Sin cormas ya, sin grillos ni cadenas.
Y al elevarse, cuando de los aires
Hendía los incógnitos senderos,
Viéndole cómo pasa de las nubes
Y á la vista humanal desaparece,
Absorta exclama toda la natura:
¡Oh, cuán altos pusiste tus nidales,
Refugio de los débiles mortales,
A do no llega mal ni desventura!

Y el deseo que le dura
Tan subido;
Cual la viuda tortolica
Cuando llora con tristura
Su marido.
Y ánsia por la soledad,
Donde su llanto concierte,
Con que vive;
Por si el risco habrá piedad
De la tan sabrosa muerte
Que recibe.

Como madre que no calla
Su tierno amor no fingido
Y muy cruel;
Porque buscando no halla
El hijuelo que ha perdido,
Y va tras él;

Y jamás cierra la boca,
Por los sitios indagando
Do estuvieron;
Así con cordura loca
Ando á todos preguntando
Si te vieron.
Pues tan recios son mis males,
De suyo y por su porfía
Peligrosos;
Que á los ásperos breñales
Contándolos, los haría
Ser piadosos.
¿Cómo tú, carne malvada,
Fementida y alevosa,
Del bien huyes,
Y poco te da, y aún nada,
De esta mi joya preciosa

En esa nuestra inválida armería,
Chuzo, guja y gorguz de batidores?
Parece mi salón una herrería
Con tanto arpon, carcaj y broquete,
Broncha, camelo, obus de batería,
Lanza, dardo, corcesca y camelete,
Daga, espiche, alavesa y espingarda,
Gerifalte, esponton y pistolete.
¿Qué sirve de Fortuño la alabarda,
De Pelayo la chispa y jabalina,
La macana, la gubia y la lombarda,
Ganadas en la toma de Medina?
A millares están las almaradas,
Los ganchos y conteras, y una mina
De aderezos de dagas y de espadas,
Espadines, floretes y bullones,
Y flechas con ballestas empulgadas.....
— Más útiles te fueran cien doblones,
Saltó mi tío.— Pero no los tengo,
Dije, ni áun dos foluces ó gitones.

X.

EL DESCONTENTADIZO.

A quien muda, Dios le ayuda.
No sé qué genio es el mio,
Que jamás me hallo contento;
Si hace calor, quiero frío;
Si hay calma, deseo viento;
Ya huyo, ya desafío;
Hoy de seda me atavió,
Luégo de sarga lanuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Heredé una librería
De códices del Oriente,
Y dije, irritado un día:
Hoy mismo la trocaría
Por dos frascos de aguardiente.
Dila al primer pretendiente,
Sin que otro postor acuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Yendo á vadear el Darro
En mi coche de colleras,
Se atascaron en el barro
Las dos mulas delanteras;
Rompieron las vidrieras,
Y yo cogí un buen catarro,
Y dije: Traedme un carro,
Do hasta la madera suda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Tuve un prado artificial,
Do pastaba mi ganado;
Dile por un cebadal;
Mas hundiéndose el tapial
Antes que fuese sembrado,
Le troqué, de puro enfado,
Por una cabra barbuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Seis meses usé montera
Sin gorro ni redecilla,
Pero mi blanda mollera
No podía ya sufrilla,
Y la colgué en la espetera;
Y hubo quien por ella diera
Una gata bigotuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Vecino fui seis semanas
De un miserable lugar,
Mas las gentes aldeanas
Me llegaron á cansar,
Y fuime á las toledanas.
De allí hui, pues las camparas

Rica armería y mísero abolengo.
Camisotes sin número y viseras
Hinchén mis cofres desde tiempo luengo;
Millones de espaldares y esquineras,
De escampiles, gramallas, coseletes;
Y mi techumbre llena de goteras.
Dejéronme farfanos sus casquetes,
Los piqueros sus peltas y plaquines;
Pero huecos y ociosos mis mofetes.
Más al caso me hicieran mahozmedines
O meajas ó doblas castellanas,
Y aunque fuera cascajo á celemines.
Porque dejar sin moga partesanas,
Y sin arienzos grandes guadarneses,
Es como dar salud con almorranas,
Y repartir gorgojo con las mieses.
Aquí paró el proyecto de Bermudo;
Quien gustáre de tales entremeses,
Salga á la calle y los verá á menudo.

No me dejaban hablar,
Y quedó mi lengua muda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Dos cortijos me vendieron
En Loja y uno en Motril,
Y en cambio de ellos me dieron
Cuatro corazas de añil,
Que ántes de un mes se pudrieron.
Fortuna que me añadieron
Dos sogas para mi azuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Fumé dos años en pipa,
Mas la eché por la ventana,
Pues me dolía la tripa;
Luégo por una chiripa
Logré puros de la Habana;
¿Y quién sabe si mañana
Fumaré tallos de ruda?
Que al que muda, Dios le ayuda.

Cuando viajo por mar,
Rabio por saltar en tierra;
Luégo no puedo parar,
Y estoy en continua guerra
Hasta volverme á embarcar.
Un Quijote hice quemar,
Por ser su letra menuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Tuve un campo de pepinos,
Que nunca le vi mejor
En tierra de capuchinos;
Mas fastidióme su olor,
Y le di por seis pollinos;
Troquélos por dos cochinos,
Con una vaca ventruada;
Que al que muda, Dios le ayuda.

De dos batas que compré
En la feria de Segovia,
Una de oro la bordé
Para dársela á mi novia,
Y al cabo no me casé;
La segunda la cambié
Por unos guantes de alnda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Servíame una criada
Que nunca gastó bambolla,
Pero limpia, remilgada,
Que guisaba bien la olla
Y añadía una empanada,
Tal vez con una pescada
O una perdiz con cebolla.
Troquéla por una embrolla

Con una vieja dentada;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Así se me pasa el año
En cambalaches y trueques;
Cambio plata por estaño,
Brillantes por zarambeques,
Y nunca me desengañó.
Cual antaño, tal ogaño,
Siempre estoy de casamuda;
Que al que muda, Dios le ayuda.

Unos me llaman badajo,
Otros zaranda, otros criba,
Porque ayer patas abajo,
Y hoy me ven patas arriba;
Ya tieso, ya cabizbajo;
Petrimetre, ó espantajo;
Ya hurraño, ya retozon;
Y siempre sin ton ni són.
Mas mi ligereza estriba
En que dice en Alagon
Toda la gente sesuda:
Que al que muda, Dios le ayuda,
Si va con buena intencion.

XI.

EL AMA.

Cual ama que dando el pecho
A su niño, le adormece,
Y con el néctar le acalla,
Cuando cantando no puede;
Así el malo, dando al necio
De su lisonja la leche,
Le infunde funesto sueño
Y de él hace lo que quiere.

XII.

EL ORGULLO.

Peña roja, peña roja,
No hagas gala de tu alteza,
Que otras más altas que tú
Han dado consigo en tierra.
Mira á tu ocaso, y verás
Desmoronada otra peña,
Que en ufanía contigo
Y elevacion compitiera.
Y si este ejemplo no alcanza,
Tiende la vista á Montesa,
De un secreto viento á impulso,
Como una granada abierta.
Tan fácilmente se hundén
O en escumbrales se truecan

Picos, riscos y breñales,
Y muy firmes cordilleras;
Que nada de lo de acá
Dura con gloria perpétua,
Sino verdad y virtud;
Dichoso quien las posea.

XIII.

EL ENGAÑO.

DÉCIMAS.

Que la mentira dorada
Y el dolo con mascarilla

Deje á una bestia engañada,
Que no advierte su celada,
Ni puede, no es maravilla;
Mas que el vicio y el error
Ciegue con falso esplendor
Al de lindo entendimiento,
Al sabio mueve á lamento,
Y al justo llena de horror.
Al pródigo, dadivoso
Llama el necio; y al osado,
Esforzado y generoso;
Magnífico al orgulloso,
É inútil al mesurado;
Que la lengua engañadora

Hasta los crímenes dora;
Y la astucia en hacer mal,
De consuno en un portal
Con la fuga del bien mora.
Mas la sensata cordura
Sólo sabe vivir bien,
De no hacer lo malo cura;
Y si ve su catadura,
Torna el rostro con desden.
Ignora la avilantez,
No sabe hablar con doblez,
Al bienhechor no es ingrata,
Y en su proceder retrata
El candor de la niñez.

DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

Nació en Cádiz, de ilustre familia, el 10 de Junio de 1760, y siguió con fruto desde su primera juventud la carrera de la marina militar. Pero las letras absorbieron muy luégo la mayor parte de su atención y de sus tareas. Siendo todavía guardia-marina escribió un *Elogio de Alfonso el Sabio*, que fué premiado por la Real Academia Española. Diputado en las Cortes de 1815 y 1814, apoyó activamente el sistema político inaugurado con el célebre código constitutivo promulgado en 1812. Esta circunstancia le obligó á vivir oscurecido desde el momento en que fué derrocado el sistema constitucional, hasta el restablecimiento del mismo en 1820. Entónces fué nuevamente elegido diputado á Cortes, y se trasladó á Madrid para desempeñar su cargo. Pero al comenzar el siguiente año de 1821, el 6 de Febrero, le sorprendió la muerte, á los sesenta años de su edad.

Fué individuo de las Academias *Española*, *de San Fernando* y *de la Historia*. Esta última le honró de un modo especial, confiriéndole el cargo de *Director*, en 1804. Fué asimismo director de la Sociedad Económica de Cádiz. Entre sus muchas obras en prosa llamaron principalmente la atención de los literatos el citado *Elogio de don Alfonso el Sabio*; la *Vida del Marqués de la Victoria* y la de *don Pedro Niño*, que forman parte de la *Biblioteca de marinos ilustres*; la *Declamacion contra los abusos introducidos en el castellano*, obra muy erudita, que aunque fué presentada á la Academia Española, no alcanzó el premio en el certámen (1791); *Servicios de Cádiz desde 1808 á 1816*, discurso premiado por la misma ciudad; el *Elogio histórico de Ambrosio de Morales*; la *Vida de Ercilla*, concluida poco ántes del fallecimiento del autor; y en fin, gran número de discursos académicos y de bosquejos críticos.

Su muerte fué sinceramente sentida. Poco despues de ella se publicó en el *Diario científico, político y mercantil* de Barcelona (2 de Abril 1821) la siguiente oda, escrita en el artificial y aliñado estilo peculiar de aquel tiempo:

Á LA MUERTE DEL APÓSTOL DE LA ILUSTRACION PÚBLICA, DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE,
DIPUTADO DE CORTES POR MADRID, SU BUEN AMIGO J. M. B.

VARGAS, perenne socio de las Musas,
De artes y letras sólo enamorado,
Llévete el hado y mi ventura, grita
La santa Témis.
¿Qué habrá ya dulce para mí? repite:
Oh ciudadanos del congreso angusto,
Fáltome un justo, que hoy mi gloria hiciera,
Hoy mi delicia.
¿Dó ya las sales? ¿Qué del claro ingenio?
¿Dó el que alto alcázar fabricó á Minerva?

Suyo el que hierva del saber la llama
En pechos libres.
Suyo que Iberia del felice suelo
Lance al de ilustre y al de suerte oscura,
Que inerte dura, y á la patria es sólo
Peso y mancuella.
Al pueblo amado, cuya dicha votos
Te costó tantos, que la edad no borre,
Piadoso aconorre, liberal cual ántes,
Ora en el cielo,